

Reflexión en torno a la lectura de “La tradición interpersonal. Perspectiva social y cultural en psicoanálisis” (A. Ávila Espada, 2013)¹

Realizada por **Raúl Gutiérrez Sebastián**²

Sumergirse en la lectura de La tradición interpersonal resulta un ejercicio tan enriquecedor como complejo (en la medida que deseemos bucear y profundizar en su mensaje). Por un lado, por el amplio abanico de autores que se presentan magistralmente a los lectores. Y, por otro, la amplitud y diversidad de aportaciones de dichos autores.

Dado que intentar resumir el texto puede resultar una empresa compleja, considero oportuno pensar autor a autor, intentando tomar una idea o aportación que personalmente haya resultado relevante (no porque sea en sí misma la de mayor importancia, sino porque en la intervención con adolescentes en contextos de relación intensiva, me ha parecido sugerente) puede ser más enriquecedor para el desarrollo de la reflexión.

Desde el segundo capítulo se presentan autores pioneros del psicoanálisis. Entre los que se menciona a Adler. Comienzo por este autor porque algo que me resulta curioso es que, aunque conceptualiza al ser humano en sociedad y la significación del comportamiento humano en el marco social, lo hace desde lo que entiendo que es una aproximación utilitarista, delimitando (o mejor dicho definiendo) la salud mental en el marco del interés social del sujeto en su contexto (capacidad para cooperar, participar en intercambio u ofrecimiento de ayuda). Esto es importante porque nos invita a mirar al sujeto en relación, más allá del síntoma, para intentar aproximarnos a la función -o disfunción- del síntoma en interacción con el entorno social.

Tras el acercamiento en líneas generales a Adler, se presenta a Sandor Ferenczi, de quien recojo, entre otras muchas afirmaciones que invitan a pensar, su “anhelo por encontrar métodos más eficaces para trabajar con pacientes -adolescentes en mi caso- aunque supusiera transgredir las fronteras del enfoque terapéutico vigente”, “quien se abrió a vivir la experiencia que tenía lugar con sus pacientes” (p.82). En intervención con adolescentes

¹ Gutiérrez Sebastián, R. (2021). Reflexión en torno a la lectura de “La tradición interpersonal. Perspectiva social y cultural en psicoanálisis”. *Clínica e Investigación Relacional*, 15 (2): 453-460. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de www.ceir.info] DOI: 10.21110/19882939.2021.150212

² Doctorando en Psicología por la Universidad de Zaragoza. Psicólogo en FAIM, psicoterapeuta Supervisor-Docente FEAP y terapeuta familiar FEATF. Máster en Psicoterapia Psicoanalítica Relacional. Vicepresidente de ADP-CETS. raulgs@cop.es

en contextos residenciales, supone un reto reintroducir la mirada psicoanalítica dada la colonización de corrientes cognitivo-conductuales como estándares de intervenciones basadas en la evidencia.

Actualmente, en mi opinión, el psicoanálisis y la neurociencia caminan de la mano para evidenciar la teoría, dotándola así "credibilidad científica". Es por ello por lo que considero que atravesamos un periodo que requiere integrar formas de pensar, transgredir los límites establecidos del enfoque terapéutico predominante, para aproximar modelos integradores, que delinee itinerarios de intervención relacional promoviendo procesos de cambio y crecimiento madurativo correctivos.

Esta afirmación de Alejandro Ávila Espada al referir a Ferenczi, me suscita especial interés. Primero porque un autor de principios de siglo XX, que desafíe la predominancia conceptual del tratamiento vigente en su tiempo y se atreva a explorar nuevas vías de intervención, me parece todo un desafío, pero, además, considero que un método debe ser dinámico, flexible, adaptativo, siempre en el marco de una ética del cuidado y respeto por el otro. Capaz de integrar modelos, buscar transversalidades entre modelos teóricos, respetando las raíces que fundan el pensamiento, pero explorando nuevas vías desde sinergias entre propuestas, pensando siempre en ampliar el abanico de autores y teorías que nos orientan en el inmenso océano, en ocasiones en tormenta, de las relaciones de ayuda.

En este sentido, creo que Ferenczi, en su tiempo, fue pionero en integrar miradas que dieran oportunidad a desarrollar pensamiento de manera flexible, abierta e integradora (que de otra manera se habría cristalizado de manera rígida como considero son otras posturas clásicas y ortodoxas).

Respecto a Sullivan, más allá de la lectura detenida sobre la teoría interpersonal y los dinamismos motivacionales basados en la satisfacción y seguridad, me detengo en una afirmación que propone que "el infante no se relaciona con figuras, sino con estados... integrando la experiencia con todos los cuidadores", de donde parte su aportación teórica de los modos de experiencia prototáxico, paratáxico y sintáctico. Me detengo en la afirmación previamente enunciada (aunque sea menos importante que la propuesta teórica desarrollada).

¿Por qué esta afirmación invita a la reflexión? En mi quehacer profesional, en el marco de procesos de menores que ingresan en hogares de protección a la infancia, suelo explorar su historia de relaciones con figuras significativas de apego temprano; eventos estresores y/o traumatizantes a lo largo de su historia; patrones de relación expresados en el aquí y el ahora (sobre todo las primeras semanas de ingreso en el centro); así como su comportamiento ante situaciones ansiógenas; a quién busca (si es que busca a alguien);

qué conductas de apego muestra y qué patrón relacional predomina. A través de estas observaciones de cada menor, estamos en condiciones de pensar en (y con) profesionales de referencia, según características personales y profesionales de cada educador/a del centro, para cuidar, en la medida de lo posible, el propio establecimiento de la relación.

Es por esto por lo que la afirmación me sugiere un cambio en mi pensamiento, dado que, desde el planteamiento de Sullivan, entiendo que no es tanto una figura en sí, sino las diversas experiencias relacionales que cada profesional podría aportar según focos de la intervención propuestos con cada menor. No tanto desde la búsqueda de patrones alternativos diádicos que trabajar entre el profesional de referencia con cada menor, sino experiencias que puede tener con diversas figuras profesionales/adultas en el centro según se den unas circunstancias u otras y estados que evoque a unos profesionales u otros.

Cuando se introduce a Fromm, como autor culturalista quien afirma que lo inconsciente está vinculado a un filtro social que determina qué hechos se admiten en la conciencia y cuáles no. Me invita a pensar en las dificultades con las que muchos de los menores que provienen de sistemas invalidantes, maltratantes, abandonicos, negligentes o abusivos, muestran cuando ingresan en los hogares de acogida, denotando dificultades para poder simbolizar la experiencia, mostrando un funcionamiento regresivo y disociado de su propia vivencia.

A través de la integración de cada menor en la nueva dinámica relacional-convivencial del hogar (aunque artificial es real y vivencial), en las relaciones que establece con cada compañero y profesional, va desplegando posibilidades de acceso a vivencias previamente disociadas, compartiéndolas en un entorno seguro, nutricional, contenedor y validante. Un tiempo y lugar donde ir explorando su historia, aceptando y haciéndose cargo del sí mismo (siempre con profundo respeto por los ritmos que cada menor marca, y sin ánimo de abrir "la caja de pandora"), de posibilitar un entorno suficientemente bueno como para asegurar y proveerle de experiencias restaurativas y madurativas.

Un entorno social que, en palabras de Fromm, puede emerger contenido inconsciente (yo matizaría dinámico o invalidado) y poder hacerse cargo de sí mismo y de su historia en el aquí y el ahora (de lo que emerge en las experiencias relacionales y de las situaciones vividas y compartidas en la actualidad con cada profesional). Donde deposita, de alguna manera, su propia historia de relaciones tempranas, sin necesidad de explorar ni indagar su historia anterior.

Por esto, Fromm me parece un autor que, de alguna manera, en mi ámbito de actuación se puede releer dado que invita a pensar en el sujeto en su contexto, poniendo el foco más en

el contexto, el cual favorece o dificulta el desarrollo madurativo, incluso la emergencia de psicopatología de la adaptación y socialización.

De Fromm-Reichmann, destaco su conceptualización de "psicoterapia intensiva", pues es un término que empleo mucho en lo cotidiano, imagino que no con el mismo sentido, pero quiero creer que similar. La intervención en centros con menores es intensiva en tanto que es convivencial, 8 horas continuadas todos los días (siendo la atención 24 horas todos los días por parte del equipo en su conjunto), en turno de mañana, tarde, noche y fines de semana completos.

Es por ello por lo que plantea que el terapeuta es un "observador participante" (al igual que posteriormente desarrolla Racker), y me atrevo a destacar que incluso, en nuestros contextos de intervención, es un "participante observador", lo que incluye mayor implicación en la experiencia compartida, la situación intensa vivida conjuntamente en el seno de la relación, que vive la experiencia junto con el sujeto/objeto de ayuda.

Es en la convivencia donde la experiencia es compartida, donde se da la transformación, pensada intersubjetivamente y madurada en el seno de la misma relación. Algo que, aunque significativamente extenuante en ocasiones, resulta toda una oportunidad para intervenir compartiendo y mentalizando el momento, desde donde transitar el proceso de cambio en el compartir en vida cotidiana. Y aunque repito, es agotador, también es una experiencia enriquecedora para los partícipes de la relación.

Es por ello por lo que cuando Fromm-Reichmann señala que "la psicoterapia intensiva es una empresa mutua, entre personas extrañas, que probablemente difieren entre sí... al mismo tiempo hay mucho mayor parecido entre ellos" (Fromm-Reichmann, citado en p.215), entiendo que define la relación, en nuestro caso entre adolescente y adulto en hogar de convivencia, donde se reconocen como sujetos diferenciados, pero que ambos comparten la experiencia, donde el adulto garantiza su seguridad, contención y sostén en su vivir (o revivir) procesos traumáticos, como oportunidades madurativas y restaurativas. Otro aspecto que me impacta de su planteamiento es el acento que pone, no en el contenido, sino en la dinámica de las defensas, o lo que yo considero, en el proceso.

El siguiente autor que ha impactado es Pichón-Rivière quien acerca el psicoanálisis a la psicología social, desde la antropología, formulando la teoría del vínculo más allá de planteamientos internalistas. Definiendo desde el concepto E.C.R.O. el concepto del vínculo como algo operacional, que configura una estructura de relación la cual incluye al sujeto, al objeto y la relación del sujeto frente al objeto y del objeto frente al sujeto. En este sentido, me surge una duda, ¿esto guardaría relación, de algún modo, con el esquema Z de Lacan? Aunque no me reconozco Lacaniano, si me parece que Lacan introduce ideas

interesantes en lo relativo a la relación, aunque en ocasiones sus ideas se pueden confundir con el pensamiento de otros autores, sin aclarar explícitamente la fuente originaria.

Al releer a Levenson he de reconocer que cuesta entender su pensamiento, pero quizás, desde la claridad en la exposición y explicación de Alejandro, pueda acercarme mínimamente al sentido de algo de lo que propone, pensando en una situación vivida con mi hija estos días de confinamiento. Primero presento la situación, para después pensarla desde algunos conceptos que propone Levenson y se desarrolla en el libro editado por Alejandro Ávila Espada.

El hecho es que mi hija (6 años), una mañana durante el confinamiento domiciliario en abril de 2020, estuvo dibujando en una pizarra un sueño que quería compartir con su mamá y conmigo. El dibujo consistía en un cuadrado dibujado en la esquina superior izquierda de la pizarra, y justo debajo del cuadrado, había una mesa. Estos dos dibujos ocupaban una parte mínima del conjunto de la pizarra. En el medio de la pizarra dibujó una figura grande de una princesa y al lado una suerte de castillo y muchos árboles, así como 4 figuras pequeñas.

Tras terminar de dibujar, le pregunté si podría explicarme el sueño a través de los dibujos representados. Ella me explicó que la princesa es ella, y está contenta porque ha salido de casa (lleva un mes en casa sin salir por el confinamiento), y está en un bosque mágico con sus cuatro amigas (Lola, Maia, Emma y Almudena), con quienes van a entrar a un castillo mágico para jugar, porque dentro del castillo todo son juegos.

Mientras cuenta esto, observo que hay una parte del dibujo que no presenta, que parece que obvia, no sabría decir si consciente o inconscientemente, el caso es que le pregunté por ese cuadrado y la mesa.

Es cuando ella me dice: "esa es la mesa del salón, y el cuadrado es la TV", entonces le pregunto por qué la TV es importante en su sueño, dado que dibujarla me parece que es importante, y contesta: "está el presidente hablando del virus y de la gente que muere y que los niños no podemos salir a la calle porque es peligroso".

Estuvimos hablando un ratito más sobre qué entendía ella del coronavirus, que creía saber y, sobre todo, eso qué le generaba (si preocupación, miedo, nervios, enfado...).

Más allá de lo que tratamos posteriormente con ella sobre esta cuestión, presento esta viñeta porque leyendo a Levenson, cuando habla de "lo lúcido no dicho, de lo omitido y lo inadvertido" me viene a la cabeza esa situación, en la que ella, a su manera simbólica, presenta su angustia, no formulada en lo cotidiano, no hablada, pero muy presente.

Angustia plasmada en un dibujo de un sueño que, si no se incide y señala esa parte omitida, pasa inadvertido lo que para mí es el núcleo del sueño. La importancia de cómo gestionar

la angustia ante la incertidumbre, frente a aquello que no sabe cómo tratar con el adulto, como representar a través de la palabra. Presentando así las defensas que despliega, representadas a modo de figuras de princesas (sus amigas, figuras amables y lúdicas) en un castillo de juegos (el contexto seguro), pero que tras las mismas se esconde el núcleo de su inquietud.

Claro, como afirma Levenson, nada puede entenderse fuera de su contexto. Para ella es necesario plasmar el conjunto del sueño, ni las figuras de las princesas o el castillo de juegos, ni la TV, por separado, sino que juega un papel que da sentido al dibujo en su conjunto, entendiendo las figuras como elementos defensivos frente a la angustia que le genera la alarma del virus.

Poco a poco, a través del discurso de su sueño plasmado en un dibujo, vamos construyendo una narrativa que ayude a reordenar la comprensión del sentido que para ella tienen determinadas cosas. Lo impresionante (para mí), es como una niña de 6 años, puede plasmar en lo simbólico (como es a través del dibujo), un contenido tan complejo, así como ir elaborando una narrativa de este que organice cierta coherencia a la experiencia, de otra manera encapsulada, no hablada, silenciada y, probablemente, inscrita en sí misma como trauma experimentado.

La vivencia conjunta de compartir el sueño y pensarlo juntos, fue una experiencia nutricia para ambos. Para mí, por acercarme de alguna manera mínimamente a su vivencia y, para ella, para poner palabras a algo que está ahí y que de otra manera no habría sido posible. Hecho que determina, en palabras de Levenson, que más que un acto terapéutico, lo que se presentó fue una actitud terapéutica de donde aproveché para pensar después lo acontecido en la interacción entre ambos.

Esto me lleva al siguiente autor, Phillip Bromberg, y le lectura que hace del trauma relacional. Me planteo cómo entender la situación que vivimos de pandemia. Porque podríamos entender esta situación de confinamiento y crisis sanitaria, económica y laboral, cómo un hecho traumático situacional, si no fuera porque el modo en que se gestiona más bien sugiere un acontecimiento que queda inscrito en algo más profundo cómo podría ser el trauma del desarrollo.

Me explico. Entiendo que una diferencia importante entre ambas experiencias es la posibilidad que tiene el sujeto para poder narrar su vivencia, elaborarla e integrarla como parte de su historia. Pero ¿qué pasa si todos estamos viviendo lo mismo? ¿Qué pasa si los niños (o adolescentes o adultos) no son conscientes del impacto que esta circunstancia

tiene en su experiencia y directamente, de manera disociada, pasa al acto sin tomar conciencia del malestar y sufrimiento que subyace?

Además de que los adultos, saturados sin ser conscientes del impacto que para ellos tiene también esta experiencia, pueden responder erráticamente al sentimiento de los más pequeños, recluyéndose en sí mismos como mecanismo defensivo y "abandonando" la posibilidad de mostrarse disponibles al otro que necesita de la relación para poder elaborar su propia experiencia. En este sentido preocupa que el patrón de inscripción de la experiencia en cada uno de nosotros guarde más relación con un proceso disociativo relacionado con el trauma acumulativo que con una circunstancia situacional.

Aunque no sé si consigo explicar fielmente mi reflexión, mi intención es referir que me inquieta el impacto que esta vivencia pueda tener en las generaciones más jóvenes y la capacidad de adaptación de las generaciones adultas. Dando así lugar a patrones disociados de funcionamiento en los diversos contextos del ser y cómo las influencias traumáticas pueden impactar en el desarrollo vital de nuestros hijos. Comenzando de esta manera a perfilarse la sombra de un tsunami permanente co-creada en el seno intersubjetivo de la relación padre/madre-hijos, emergiendo así, progresivamente, psicopatología traumática en los más pequeños.

En este sentido, aprovecho para introducir el planteamiento del borde íntimo de Ehrenberg, pues me pregunto donde se situaría en el marco de una relación de ayuda en la que ambos participantes han habitado la misma situación. Donde la emergencia de angustia por la situación vivida es compartida, pero aun así se propone una suerte de espacio de relación de ayuda, ¿ayuda para quién?, ¿Cómo mantener un espacio que proteja y cuide, no solo al paciente sino también al terapeuta que ha vivido circunstancias similares?

Alguien que ha sufrido abusos en la infancia y no ha hecho ningún proceso de trabajo personal a lo largo de su vida, ¿puede ayudar al otro que ha experimentado, o está experimentando, algo similar? Y si el impacto se está viviendo transversalmente en todos los actores (terapeuta y paciente). ¿cómo dibujar ese borde íntimo suficientemente seguro para ambos?

Un espacio de contacto suficientemente cercano como para favorecer un lugar de relación de ayuda, pero lo suficientemente distante, no solo para no violar la integridad e intimidad, sino para protegerse ambos del impacto del contenido tratado. Dado que a ambos les impacta la experiencia. En el caso actual, el impacto de la pandemia.

Aprovecho la lectura de esta obra para vincularla, de alguna manera, a la vivencia actual por la que estamos transitando. Siento que no soy fiel en la traducción de lo que pienso y

siento, pero ha sido mi ánimo intentarlo y compartirlo para poder generar algún tipo de reflexión de donde nazca un *feedback* que anime a continuar pensando en este tiempo de incertidumbre.

Referencia:

Ávila Espada, A. (2013). *La tradición interpersonal. Perspectiva social y cultural en psicoanálisis*. Madrid: Ágora Relacional Colección Pensamiento Relacional